

Narcedalia Piedrotas y la construcción microhistórica de la identidad fronteriza norteña

Narcedalia Piedrotas and the microhistorical construction of Norteño border identity

ANNA MARTA MARINI*

*Università degli Studi di Milano /
Università degli Studi di Modena e Reggio Emilia*

Resumen

En el contexto cultural centralista mexicano, en años recientes la literatura norteña ha sido objeto de distintos debates, incluso en cuanto a su mera existencia. Asimismo la historiografía de la región Norte de México ha sido a menudo dejada de lado, en particular con respecto a sus facetas sociales. La gran mayoría de los estudios existentes en ese sentido han sido resultado del trabajo de historiadores locales, que se han empeñado en narrar la historia de su región. Entre ellos se destaca Ricardo Elizondo Elizondo, escritor e historiador, cuyo extenso trabajo de reconstrucción de una microhistoria de Noreste aflora en sus obras literaria. El presente artículo analiza entonces el rastro de la historia en su novela *Narcedalia Piedrotas* (1993), cuyos sucesos se ubican en el Noreste posrevolucionario abarcando la duración de la vida de su protagonista, a partir de su infancia en los años '20 del siglo xx. En esta obra el autor encara temas como la relación de la comunidad local con la modernidad y el progreso tecnológico, la migración interna y extranjera, el papel femenino en la sociedad fronteriza. Además el eje de su obra es la cuestión de la búsqueda de identidad, ubicua en la cultura norteña en cuanto fronteriza, liminal e híbrida.

Palabras clave: frontera; literatura norteña; identidad; microhistoria; novela histórica; Norte mexicano.

Abstract

In the Mexican centralist cultural context, Norteño literature has recently been the subject of many debates even concerning its mere existence. In a similar way, historiography of the Northern region of Mexico has often been neglected, especially in relation to its social aspects. The most part of existing research has been carried out by local historians, committed to narrate the history of their own region. Among them, writer and historian Ricardo Elizondo Elizondo stands out for his extended work reconstructing the Noreste region microhistory and sharing it through literary creations. This article analyzes his historical novel *Narcedalia Piedrotas* (1993), set in post-revolutionary Noreste starting in the 1920's and lasting the lifespan of its protagonist). In this work the author deals with topics as the local community approach to

* Es graduada en Mediación Lingüística y Cultural con especialización en culturas hispanoamericanas (lenguas de especialidad español e inglés). Colabora, actualmente, con la Universidad de Milán como especialista en el curso de Culturas Hispanoamericanas (grado y máster). Es miembro CRIAR (Centro Interuniversitario de Investigación sobre Américas romances) y coordinadora editorial de la revista del centro, CRIANDO.

modernity and technological progress, internal and external migration, the feminine role in borderland society. Moreover, the common thread of his literary work is the quest for identity, a ubiquitous question in Norteño frontier culture for its intrinsic liminal and hybrid nature.

Keywords: borderlands; norteño literature, identity, microhistory; historical novel, Northern Mexico.

La narración historiográfica de la región Norte de México ha sido a menudo soslayada, casi olvidada en favor de un señalado centralismo cultural que ha dejado de lado el estudio exhaustivo de muchas realidades –no necesariamente pequeñas– a lo largo del país. Lo mismo acontece con respecto al estudio de la literatura norteña, cuya definición ha sido eje de debate y conflictos de opiniones, críticas y teorizaciones. En años recientes, a veces se ha cometido el error de identificar la literatura de la región con la narcoliteratura, que más bien define un conjunto de obras –de estilos, géneros y contextos muy distintos entre sí– que encaran, examinan, tocan, ponen en escena las dinámicas de poder propias del crimen organizado y las consecuencias de las estrategias de seguridad en la vida de la gente común. Se trata de un traslape y tal vez de una simplificación excesiva de la heterogénea producción literaria del Norte, que cuenta con variados temas, perspectivas, historias y trasfondos. El análisis de la literatura norteña ha sido a menudo poco profundizado por ser clasificada como mero regionalismo (Palaversich, 2014) a pesar de su riqueza y calidad.

La llamada región Norte abarca más de la mitad del territorio federal mexicano¹ y conforma la frontera con Estados Unidos; cubre casi por entero la región ecológica denominada Aridoamérica y a pesar de las condiciones desérticas cuenta con áreas culturales consolidadas. De hecho, no obstante la presencia de sequedad, una variedad de climas inclemente y una orografía compleja, la región presenta pruebas de asentamientos prolongados aunque diseminados a lo largo del territorio. Durante la época colonial, la gestión de la región y del contacto con las poblaciones locales fue ardua y se tuvo que recurrir al establecimiento de una red fortificada de presidios, considerando el área como una enorme faja fronteriza entre la colonia y los territorios más al norte. Después de la

Revolución, cuando ya se había consolidado la colocación y articulación del confín con Estados Unidos, el Norte fue sometido a una omisión cultural encaminada a la creación de una cultura nacional unitaria imaginada (Fábregas Puig, 2017), que ha incorporado la gran variedad cultural de las regiones mexicanas enlazándola con la tradición e iconografía de la zona centro-occidental del país. Incluso el mismo José Vasconcelos, primer secretario de Educación Pública (1921-1924) y figura intelectual mítica en el imaginario colectivo mexicano, en sus memorias escritas durante su estancia en Estados Unidos tildó el Norte como «no man's land of the spirit, a desert of the soul», yuxtaponiendo la aridez del desierto y la presunta falta local de cultura y humanidad.

Esa condición de frontera por antonomasia ha permanecido hasta el día de hoy, tanto en la percepción común –como entidad indefinida y liminal que abarca territorios y poblaciones muy distintas– cuanto en la vida cotidiana de los norteños. Los estudios multidisciplinares fronterizos se han ido desarrollando sobre todo gracias a la actividad del Colegio de la Frontera Norte, que desde 1982 se ha dedicado a examinar la frontera en sus múltiples facetas. Como subrayó Guadalupe Beatriz Aldaco entre otros, solamente desde finales del siglo xx se ha empezado a reconstruir la historia literaria y la historiografía norteña, así como se ha empezado a salir de categorizaciones simplistas por temas que intentan clasificar la literatura del norte dentro de esquemas centralistas. Además de la estereotipada identificación con la narcoliteratura, por ejemplo los críticos literarios han empleado a menudo la genérica categoría «escritores del desierto» limitando la identificación de distintos autores y géneros al mero elemento ambiental y a pesar de la riqueza temática demostrada por la mayoría de los autores norteños. A pesar de la cantidad de autores procedentes de la región y que escriben sobre la misma, ha sido incluso explícitamente debatida la existencia de una literariedad propiamente norteña y su eventual alcance (García Ramírez, 2015; Parra, 2015). Como bien destacó Miguel Rodríguez Lozano, se puede delinear una tradición narrativa histórico-cultural norteña cuyo desarrollo se tiene que examinar –en detalle y

1. La definición geográfica del Norte generalmente incluye los Estados de Baja California, Baja California Sur, Sonora, Durango, Tamaulipas, Chihuahua, Coahuila, Nayarit, Nuevo León, Sinaloa (cubriendo una superficie de 1,055 millones de km²).

en su globalidad— fuera del marco de esquemas de recepción y sin referirse a cánones de la literatura central.

Como se ha observado por muchos estudiosos del Norte, la posición liminal de la frontera de por sí conlleva una gran vitalidad cultural en la cual confluyen los variados y constantes estímulos, dados por la porosidad paradigmática que ha sido acertadamente comparada a un ecosistema como el arrecife, es decir caracterizado por incesante actividad, intercambio, diversidad y convivencia orgánica. La constante negociación entre influencias heterogéneas y binacionales permite por ende que la región sea particularmente interesante desde el punto de vista socio-cultural y artístico; la producción cultural fronteriza cuenta intrínsecamente con temáticas y estéticas que ponen en evidencia la existencia del *cross-border state of mind*, cuya definición se asomó a lo largo del desarrollo de los —relativamente recientes— estudios multidisciplinarios de frontera. Y precisamente de esa condición se encuentra el rastro en la producción literaria local, que en muchos casos se entrelaza con la dimensión geohistórica del área y la búsqueda de identidad.

En la edad contemporánea, el trabajo de recolección e interpretación de fuentes y datos históricos sobre la región se ha debido sobre todo a estudiosos locales, entregados a la reconstrucción del conjunto de narraciones e identidades olvidadas del Norte. Dentro de la producción literaria norteña se destaca una corriente de escritores que se dedican al relato y a la novela histórica profundamente enraizados en la cultura local, recreando un contexto reconocible y de carácter microhistórico donde los hechos macrohistóricos —aunque presentes— se quedan en el fondo. Así como afirmó Giovanni Levi —fundador de la *microstoria* italiana y escritor de novela histórica— en una extensa entrevista sobre su trabajo de historiador, la narración microhistórica representa el intento de trabajar en la historia mudando la escala de lectura de la realidad, es decir adoptando una perspectiva distinta y a medida de la vida cotidiana de la sociedad objeto de estudio. En el proceso de interpretación y escritura de la microhistoria, el elemento literario representa una herramienta fundamental para una reconstrucción eficaz y la producción de una obra a través de la cual el público puede acercarse a la historia local.

Esta corriente de escritores está bien representada —por su contribución tanto narrativa como historiográfica— por Ricardo Elizondo Elizondo (1950-2013). En su carrera de académico e historiador de a

pie, Elizondo tuvo la ocasión de ser nombrado director del Archivo General de Estado de Nuevo León (1975-1979), experiencia después de la cual empezó su encargo como Director de la Biblioteca Cervantina y Patrimonio Cultural del Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, institución en la que trabajó toda su vida. Escritor, versátil historiador e incansable narrador del Noreste, acompañó su trabajo con años de viajes por su tierra reconstruyendo códigos de conducta, relaciones sociales, creencias, usos lingüísticos, en fin una microhistoria norteña que asimismo aflora en sus novelas.

Después de unos libros de relatos y paralelamente a una extensa producción de obras historiográficas, Elizondo publicó sus dos novelas históricas: *Setenta veces siete* (1987) y *Narcedalia Piedrotas* (1993). La relación entre su trabajo de historiador se entrelaza estrechamente con su producción literaria; su habilidad descriptiva de la realidad norteña, fronteriza y rural, reside precisamente en su esmerada investigación y repetido contacto directo —casi de carácter antropológico de campo— con el territorio norestino y sus pobladores. Su extensa producción historiográfica abarca biografías, libros de texto para la escuela, obras de historia empresarial y regional, pero sobre todo ensayos que retratan la sociedad norestina, su geografía y su relación con el territorio. Asimismo trabajó mucho con fondos documentales locales y en particular examinando colecciones fotográficas y de correspondencia de la frontera; se ocupó de rescate fotográfico —especialmente con respecto al urbanismo y arquitectura— y de adaptaciones a multimedia de textos historiográficos. Su interés para las fuentes fotográficas y de correspondencia se transparenta en su obra narrativa, donde las descripciones tienen a menudo una estética precisamente fotográfica.

Hay que destacar también que en *Setenta veces siete* y aún más en *Narcedalia Piedrotas* Elizondo inserta elementos lexicales propios del Noreste, que a menudo solo se pueden encontrar recolectados en su mayor estudio lingüístico *Lexicón del Noreste de México* publicado en 1996. Así como el trabajo que Everardo Mendoza Guerrero empezó en la misma época con respecto a la variante noroestina, esta obra quiere integrar el estudio dialectal regional y el trabajo lexicográfico llevado a cabo por Francisco J. Santamaría con su *Diccionario de mejicanismos* (1978) y por el Colegio de México, que en 1991 publicó por primera vez su *Diccionario básico del español de México*. La contribución lexicográfica de Elizondo encuentra su aplicación precisamente en

sus dos novelas históricas, en las que se encuentran términos a veces descritos exclusivamente en su diccionario a pesar de encontrarse corrientemente en el habla norteña y en particular norestina.

Así como otros escritores norteños cuales en particular Eduardo Parra y David Toscana, Ricardo Elizondo construye sus personajes enlazándolos con ciertas idiosincrasias de la población norteña, tanto en el uso del lenguaje cuanto en sus posturas y maneras de enfrentar la cotidianidad. A través de una narración coral, en *Narcedalia Piedrotas* podemos vivir entonces los avatares de la vida en el Norte durante un periodo bastante largo que abarca algunas décadas del siglo XX, pues los sucesos de la novela remontan al nacimiento y la infancia de Narcedalia en los años '20 y siguen toda la vida de la protagonista. El mecanismo coral de la novela se basa en una continua y fluida alternancia entre las voces de los distintos personajes, realizada a través de sutiles transformaciones estilísticas. Se nota entonces por ejemplo un uso lexical y sintáctico un poco menos sofisticado cuando hablan personajes caracterizados por escasa agudeza, como Valentín y Juana Maura; por otro lado, la voz de la hermana Lupe se distingue claramente por su frasear más literario, sus inquietudes más refinadas y su léxico más rico.

El autor norestino se destaca por su atención hacia la construcción de los personajes femeninos, fundamentales en su narrativa y poco examinados por la crítica, pese a ser a menudo «centro y detonadores» de la narración (Rodríguez Lozano, 499). A diferencia de otros autores norteños –como por ejemplo Jesús Gardea– que describen la masculinidad conflictiva, Elizondo se centra en las dificultades y conflictos vividos por las mujeres durante la evolución histórica posrevolucionaria del país. Coherentemente con la sociedad de la época, las mujeres resultan por lo tanto centrales en la descripción del espacio doméstico norteño, lugar cerrado eje de la vida cotidiana de una población conocida por sus maneras escuetas y respeto de la privacidad. Narcedalia sin embargo encarna una tipología de mujer *sui generis*: la «primera mujer en Perdomo en usar pantalones cotidianamente» (Elizondo Elizondo, *Narcedalia Piedrotas* 222) es una «gorda seria, muy seria, envaronada» (275) que se dedica a actividades consideradas «fuera de lo convencionalmente llamado femineidad», como por ejemplo «usar pantalones, portarse como macho, meterse donde quiera a cualquier hora, competir con sus trabajadores en tiro de piedra, además de otras conductas por el estilo» (242).

Además de Narcedalia Vega –protagonista y pretexto fundamental para la mayoría de los temas encarrados por el autor– la novela cuenta con personajes femeninos como su hermana la monja Lupe y la joven Juana Maura, nieta ilegítima de la misma. Ésta será el eje del derrumbe y desgracia descritos por la novela, pues no solamente representa la disputa sanguinaria que involucró a los hermanos de Narcedalia sino que también elige –más o meno conscientemente– ser amante de su marido. El personaje de Hortensia Galindo encarna a su vez pretexto para describir la relación norteña –despegada e incluso reticente– con la religión católica. Caritativa, muy dedicada a las labores del hogar, «muy católica» (160) y piadosa, se enamora del doctor Sergio Garza –conocido en el pueblo como Cerillo– de manera idealista e irreal, es conocida en Villa Perdomo por ser una «mujer enferma de catecismo» (163). Apodada «Techa la Mocha» por su actitud santurrón –es decir «por lo beata que era, por lo clavada en actividades de iglesia y hablar todo el día de ellas» (170)–, Hortensia nunca logra integrarse en la comunidad, a pesar de sus demasiados y obstinados intentos.

Mujeres son además las Cuchillonas, trío de hermanas a las que Elizondo dedica la segunda interrupción narrativa en la novela; probablemente orientales y muy hermosas, dos de ellas se dedican a la prostitución y la tercera al cuidado del hogar. Su papel en la comunidad es fundamental y al mismo tiempo muy disimulado, pues el único habitante del pueblo que se les acerca como amigo y no como cliente será el doctor Cerillo y por consecuencia su enfermera Helvetia. Mientras, la mayoría de los hombres del pueblo va «muy seguido al jardín de las Cuchillonas» (14), quienes «en su campo, y dicho sea con el respeto debido, hicieron inolvidables aportaciones» (91). Otra vez vemos como los personajes que llegan a Villa Perdomo desde afuera se queda al margen de la vida social de la comunidad; en este caso las Cuchillonas son bienvenidas no solo por su quehacer «sabático de beso y carne» (107) sino también por su discreción. Sin embargo en los ojos de los pobladores seguirán siendo unas desconocidas hasta sus muertes, pues por una especie de pacto social «no se mencionaba a las Cuchillonas y a su jardín, era como si no existieran» (182).

Las palabras de Elizondo dibujan entonces con precisión la vida privada y pública en el espacio fronterizo, donde la orografía acaba aislando la región del centro y por ende del poder federal, «estando Perdomo tan lejos de la capital, abandonado por siglos a su propia voluntad y justicia» (74). En

Narcedalia Piedrotas el lugar –tan familiar en su articulación como imaginado en su nombre– se llama Villa Perdomo y el autor intercala el cuento de su desarrollo y sus idiosincrasias a la voz coral de sus personajes. El lector tiene que ser entonces un lector activo, que a lo largo de la novela pone en relación y une todos los fragmentos que componen la narración. La construcción del contexto norteño se basa además en su estilo literario, descriptivo y a la vez muy sobrio, nunca redundante ni rebotante.

La presencia del territorio norteño y su naturaleza es uno de los elementos fundamentales de la obra narrativa de muchos autores locales independientemente de su colocación temporal; la geografía de la región se vuelve personaje de trasfondo por ejemplo para Daniel Sada, César Silva Márquez, Jesús Gardea, David Toscana, Carlos Velázquez, Gerardo Cornejo, así como para Carlos Fuentes en su novela *La frontera de cristal* (1995). Se trata tal vez del elemento más peculiar y transversal en la literatura norteña, no depende del trasfondo temático ni de los rasgos de los personajes imaginados. Comprensiblemente, la literatura producida y ambientada en la órbita de la capital del país está vinculada a un contexto casi necesariamente urbano y temáticas relacionadas con los trasfondos metropolitanos, incluso cuando trata de personajes foráneos. En cambio, el elemento natural está constantemente presente en la literatura norteña aunque ambientada en contextos urbanos; ya desde su título, la novela de César García Márquez *Una isla sin mar* (2009) bien representa la presencia tenaz y dominante de la naturaleza norteña, y sobre todo su papel influyente en la vida de los locales incluso cuando viven en la ciudad. Elizondo a su vez no se limita a contextualizar sus historias geográficamente –aunque nunca menciona lugares y pueblos reales específicos– sino que entrelaza estrictamente a los personajes con sus alrededores. El escritor logra describir los paisajes norteños a través de la narración de los hechos cotidianos de una casa o de un pueblo imaginario empero absolutamente realista y relacionable claramente con la realidad de la región Norte. Los hechos y las dinámicas –sociales, comerciales y políticas– narradas en la novela enfatizan también una perspectiva local según la cual la frontera en sí es un confín ficticio, impuesto y trazado artificialmente, pues la gente que vive en los dos lados tiene el mismo origen, comparte costumbres, lenguaje, creencias y a menudo condiciones de vida cotidiana.

Las cuestiones relacionadas con los avances de la modernidad y el desarrollo tecnológico representan un tema recurrente en la narrativa de Elizondo. Si

como destaca Guzmán en *Setenta veces siete* vemos la llegada del ferrocarril –que desestabiliza las costumbres y estructuras sociales locales–, en *Narcedalia Piedrotas* el autor revela el paso del desarrollo a través de la evolución de los negocios y actividades lucrativas de la protagonista. Narcedalia lleva a Villa Perdomo las novedades tecnológicas por las cuales de vez en cuando se encapricha: el pueblo conoce entonces la «novedad del radio de onda corta, [con el que ella] sintonizaba una estación de la capital» (138) e un «cine-terrazza que solo funcionaba de noche, y no todas las noches. Solo los viernes y sábados» (253). Igualmente la protagonista se lanza en negocios y producciones siempre nuevos con espíritu innovador; pone por primera vez en Villa Perdomo un «negocio de cría y engorda de marranos, de puercos finos» (92), se dedica a la industrialización del tasajo, negocios de «empaque de carne seca, transporte de puerco congelado, manteca, cueros, pieles y productos lácteos» (208), y además a la cría y exportación de equinos.

Con respecto al desarrollo de técnicas agrícolas e innovaciones en el campo del cultivo, el personaje que representa a la modernidad es el chino Guango que llegó «con todas sus innovaciones alimenticias» (91). Con el personaje de Wüang Wüong Tse –al cual dedica la primera interrupción de la novela (96-111)– el escritor toca así también el tema de la larga y compleja historia de la migración china a México, destacando como solamente los chinos que aportan algo a la comunidad son bienvenidos y de todas maneras no se mezclan con la población autóctona.

Se percibe además el desfase existente en el desarrollo del país, pues la referencia para todo tipo de cosa moderna sigue siendo la capital y su oferta de oportunidades de empleo. Sin embargo, en la frontera llegan las consecuencias visibles de la modernidad más que en muchas otras regiones rurales de México, e inclusive se puede tener acceso a productos e innovaciones procedentes del lado estadounidense. Al mismo tiempo, la voz de la hermana Lupe nos aporta la búsqueda de modernidad emprendida por la monjas de un monasterio que intenta sobrevivir encarándose a una crisis económica y de propiedad, en un contexto histórico y político desfavorable para las órdenes religiosas. No olvidamos en ese sentido que indirectamente a través del personaje de Lupe el autor roza el tema de los cristeros y de las medidas tomadas por los gobiernos posrevolucionarios en contra de la presencia de las doctrinas religiosas en los ámbitos públicos, antes que todo en la educación. De hecho, incluso el acceso de Lupe al noviciado se

vuelve asequible pues «por esos años -1931 o [19]32, a poco de terminada la lucha cristera- había muchas conciencias culpables que compraban perdones» (18-19) permitiendo de esa manera a los conventos el mantenimiento de pupilas.

La novela incluso toca el tema del narcotráfico a través de la narración de los quehaceres del personaje de Valentín Castruita, petimetre marido de Narcedalia. Su perspectiva sin embargo destaca el carácter ocasional de la participación de los ciudadanos comunes en las actividades del crimen organizado. Las descripciones de su personaje son despiadadas, pues se trata de un hombre «vanidoso: no se dejaba, no estaba gordo y era muy cuidado» (15) y sobre todo es «una figura meramente decorativa, eso sí, absurdamente adorado, con obsesión de propiedad, por su esposa» (38). Valentín es por lo tanto un personaje conocido en el pueblo por su frivolidad e ineptitud, que se deja involucrar en el tráfico de cocaína casi darse cuenta y por razones de orgullo personal más que por la búsqueda de ventaja económica. Narcedalia misma demuestra que el éxito empresarial y la riqueza se pueden alcanzar sin involucramiento alguno con el crimen local, hasta el momento en que –a pesar suyo– se ve acorralada por el narco. De hecho, Valentín como también Hortensia –segunda mujer del único doctor de la zona– representan a los que se mudaron a Villa Perdomo del otro lado de la frontera y que siguen siendo aceptados en el pueblo solamente por su papel de cónyuge de alguien ya muy respetado. A diferencia del doctor Cerillo, del chino Guango y de las Cuchillonas –llegados desde afuera y sin embargo proveedores de servicios útiles, y por lo tanto respetados e incluso admirados–, ambos personajes permanecen impopulares y nunca lograrán encajar en el marco social de la comunidad; Hortensia Galindo incluso regresará a su pueblo del otro lado y ni siquiera su marido el doctor Cerillo lamentará su partida. Estos dos personajes comparten sin embargo con los demás personajes de la novela de Elizondo la necesidad de definir su identidad a través de sus acciones. Narcedalia misma consigue construir por sí misma una personalidad fuerte y muy peculiar, empero a lo largo de la novela toda se percibe a menudo la voracidad con la que persigue mantener su lugar en la comunidad y satisfacer sus múltiples inquietudes.

La crisis y la consecuente búsqueda de identidad es uno de los temas principales y transversales a

toda la literatura norteña; se trata de una identidad de alguna manera híbrida, entre el ideal de identidad nacional compartida y la cultura local, a su vez caracterizada por elementos interculturales, hibridaciones y contaminaciones. Como he sucintamente mencionado en la introducción al presente artículo, la falta de una identidad bien definida deriva antes que todo de la historia del país y sobre todo de esa enorme franja fronteriza que la colonia española nunca pudo dominar y que luego fue partida por un confín político más que cultural. El desprestigio y la negación de la identidad e historia social del Norte han sido entonces alimentados por el centralismo y al mismo tiempo por la presencia atiborrante de los vecinos Estados Unidos, y han conllevado un hueco evidente tanto en la interpretación historiográfica como en la historia de la literatura regional. Sin embargo la obra de Elizondo muestra cómo la literatura puede convertirse en una herramienta fundamental para la reconstrucción de la historia social y cultural norteña, a través de una narración microhistórica que interactúa necesariamente con la dimensión macrohistórica tanto nacional como transnacional de la frontera. Al mismo tiempo, la narrativa puede convertirse ella misma en fuente directa para el historiador que se acerca a realidades poco examinadas o incluso olvidadas por la historiografía oficial.

La historia es indudablemente un elemento estructurante de la literatura, la cual no puede existir fuera de la historia. En Hispanoamérica las identidades culturales se han definido en parte también gracias a su narrativa, que ha contribuido activamente a la descripción de la realidad histórica; en el caso de la región Norte de México, la literatura puede dar una voz a una realidad rural y social a menudo olvidada por la historiografía académica. La frontera entre historia y literatura es por lo tanto porosa y precisamente su porosidad resulta esencial al desarrollo de un quehacer histórico capaz de dialogar –en términos historiográficos– con narraciones todavía en construcción. A través de su esmerados estudios, Ricardo Elizondo Elizondo nos regala un trabajo narrativo y a la vez microhistórico paradigmático en ese sentido; con su involuntario ejercicio de lo que se identifica como *public history*, su obra narrativa nos enseña que también la literatura puede ser una manera eficaz de alcanzar el público y acercarlo a la historia de su propio país.

Bibliografía

- AÍNSA, Fernando. *Identidad cultural de Iberoamérica en su narrativa*. Madrid: Gredos, 1987.
- ALDANO, Guadalupe Beatriz. *Las formas de la arena*. Hermosillo: Instituto Sonorense de Cultura, 1996.
- DEAR, Michael y Leclerc, Gustavo, (eds.). *Postborder city. Cultural spaces of Baja California*. USA: Routledge Publishing, 2003.
- ELIZONDO ELIZONDO, Ricardo. *Setenta veces siete*. México: Leega, 1987.
- ELIZONDO ELIZONDO, Ricardo. *Narcedalia Piedrotas*. México: Leega, 1993.
- ELIZONDO ELIZONDO, Ricardo. *Lexicón del Noreste de México*. México: Fondo de Cultura Económica e Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Monterrey, 1996.
- FÁBREGAS PUIG, Andrés. «De La Teoría de la Aculturación a la Teoría de la Interculturalidad Educación y Asimilación: El Caso Mexicano», *Intercultural Communication Studies*, año XXI, n.1, (2012): 1-8.
- FÁBREGAS PUIG, Andrés. *El gran Norte de México. La invención de un territorio inhóspito*, Conferencia Magistral, El Colef Tijuana (18/08/2017).
- GARCÍA RAMÍREZ, Fernando. «Una idea llamada norte», *Letras Libres*, n. 204 (diciembre): 46-47.
- GUZMÁN, Nora. *Todos los caminos conducen al Norte. La narrativa de Ricardo Elizondo Elizondo y Eduardo Antonio Parra*. Monterrey: Fondo Editorial de Nuevo León, 2009.
- LEVI, Giovanni. «Il piccolo, il grande e il piccolo. Entrevista a Giovanni Levi». *Meridiana*, n.10, (1990): 211-234.
- MENDOZA GUERRERO, Everardo. «El español del Noroeste mexicano: un acercamiento desde adentro». *Estudios sociolingüísticos del español de España y América*, (2006): 159-168.
- RAPHAEL, Ricardo. «Espiral. Fronteras», entrevista a Claudio Lomnitz. *Espiral*, Canal Once (01/10/2014).
- PALAVERSICH, Diana. «Otra mirada a la literatura del norte». *New Borders / Nuevas Fronteras*, n.3 (2014): 13-46.
- PARRA, Eduardo Antonio. «Prólogo: la tradición del norte». Eduardo Antonio Parra (ed.), *Norte. Una Antología*. México: Ediciones Era / Fondo Editorial de Nuevo León /Universidad Autónoma de Sinaloa, 2015: 9-18.
- RODRÍGUEZ LOZANO, Miguel. «Notas entorno al mundo narrativo de Ricardo Elizondo». *Literatura Mexicana*, UNAM, vol.9, n.2, (1998): 495-519.
- STAVANS, Ilan (ed.). *Border culture*. USA: The Ilan Stavans Library of Latino Civilization Publishing, 2010.
- VASCONCELOS, José. *Memorias, tomo II. El desastre. El proconsulado*. México: Jus ediciones, 1938.